

EDITORIAL

ANTROPOLOGÍA, HISTORIA Y ENFERMERÍA

J. SILES

Durante el mes de Junio se han celebrado las primeras jornadas internacionales de cultura de los cuidados en el marco incomparable de la E.U. de Enfermería de la Universidad de Alicante. Su temática ha estado polarizada por los cuatro grandes bloques temáticos de la revista: historia, antropología, fenomenología y teoría enfermera. El nivel internacional de tal evento lo han realizado figuras de la talla de las doctoras: Gordon, Roy y Spector. Los ponentes nacionales han estado a la altura de las circunstancias; así, se ha podido escuchar, preguntar y hasta conocer –en no pocos casos– a eminentes investigadores de la enfermería española: Francisco Herrera, Carmen Chamizo, Manuel Amezcua, los hermanos García Martínez, Ignacio Valle Racero, etc., etc. Todos ellos han contribuido a desarrollar la enfermería desde sus dimensiones: histórica, antropológica y teórica.

La pertinencia de estas jornadas se apoya en la necesidad de superar el tradicional déficit histórico, antropológico y teórico de la enfermería española. El crecimiento de una disciplina sin partir de una clarificación histórica-antropológica es un crecimiento deslabazado y sin sentido que puede llevar a consolidar situaciones muy negativas para las expectativas de la misma. La enfermería ha carecido durante mucho tiempo de una identidad socio-profesional adecuada para evolucionar en el marco social. Este déficit de sentido histórico ha repercutido en la ausencia o déficit socializador del colec-

tivo; dicho de otro modo, la falta de identidad común ha impedido la planificación y la implementación de estrategias comunes mediante las que poder alcanzar objetivos también afines al conjunto del grupo socioprofesional. Es cierto que buena parte de las causas de este déficit de identidad se ha debido a la tradicional indolencia de las enfermeras y enfermeros, pero sería injusto no considerar otros factores tan importantes como el desconocimiento de lo que significaba –podía significar– la enfermería para la sociedad. Durante mucho tiempo la sociedad no se ha interesado por algo que prácticamente desconocía y los historiadores tampoco han mostrado gran curiosidad por la enfermería en particular, ni por el mundo de la mujer en general. Hasta la fundación de la Escuela de los Anales en Francia con el desarrollo de la historia total y la historia social durante la primera mitad del siglo XX, los colectivos con voz histórica eran exclusivamente aquellos relacionados con una u otra forma de poder, obviando las masas de trabajadores, amas de casa, niños, y la mayoría de los grupos étnicos y sociales. Se puede comprender mejor este "olvido histórico" respecto de la enfermería analizando el carácter extremadamente cotidiano, doméstico de una actividad profesional con la que prácticamente el hombre inventó la división sexual del trabajo en la prehistoria esgrimiendo el argumento antropológico de la biología: el parto, como elemento esencial en el origen de la división sexual de las tareas, que se prologa durante la lac-

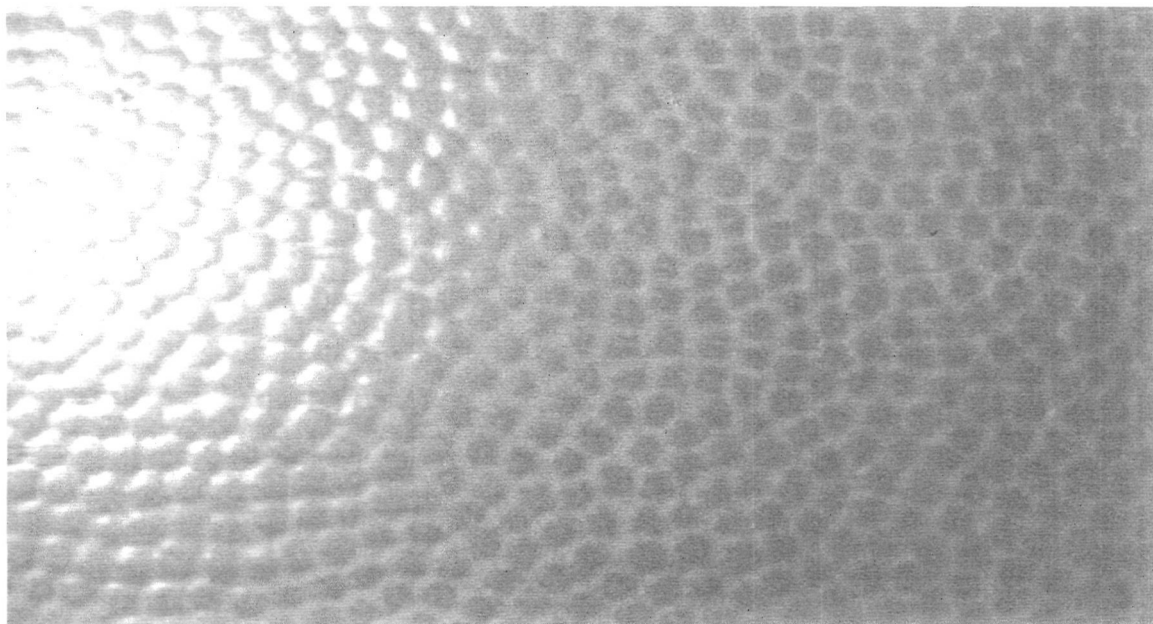
tancia-crianza y se culturaliza mediante la proyección simbólica del proceso de satisfacción de una necesidad de supervivencia también ancestral: la alimentación.

Desde sus orígenes, la antropología ha adoptado enfoques abiertamente antihistoricistas. Esta postura puede explicarse desde diferentes puntos de vista, pero sin duda el hecho de que los antropólogos se dedicaran a estudiar, mayoritariamente, sociedades de carácter primitivo o tribal constituye una referencia básica a la hora de comprender este desmedido afán por lo sincrónico que sólo tiene parangón con la fobia por todo lo que tenga que ver con la observación del paso del tiempo. El funcionalismo y el estructuralismo han marcado las pautas de una evolución etnográfica claramente anti-diacrónica. Los estudios de las sociedades alejadas del *modus vivendi* occidental —Polinesia, África, etc.— y ancladas en formas de vida arcaicas en las que resultaba prácticamente imperceptible el paso del tiempo influyeron en la adopción de estas perspectivas sincrónicas por parte de los antropólogos que llegaron a pensar que las sociedades humanas —en lo esencial— se podían estudiar y explicar sin tener en cuenta la historia. Pero toda la culpa de esta perspectiva antihistoricista no es de forma alguna atribuible de forma exclusiva a los antropólogos, dado que los historiadores de finales del XIX y principios del XX apenas prestaban atención a los hechos cotidianos tan estrechamente vinculados con toda la fenomenología cultural mediante la que, las diferentes sociedades de forma global y las personas a nivel individual, se produce el mecanismo de satisfacción de necesidades. Las variaciones culturales en la alimentación, las creencias, el descanso y el sueño, el afecto, etc., etc., han sido soslayadas por parte de la historia tradicional que sólo prestaba atención como objeto histórico a los grandes acontecimientos, aquellos que formaban parte de la capa más externa y superficial de la sociedad (cambios dinásticos, guerras, etc.).

Atendiendo a estas dos posturas enfrentadas, la historia y la antropología han evolucionado de espaldas y, por tanto, sin tenerse apenas en consideración. La enfermería, los cuidados mediante los que las diferentes culturas han satisfecho sus necesidades, por su carácter profundamente ligado al género (ancestral división sexual del trabajo) y a lo cotidiano ha sido obviada por la historia. Esta situación empieza a cambiar cuando, como decíamos anteriormente, la historia se globaliza (historia social, historia total) y descubre, mediante el análisis de las estructuras sociales, las capas más profundas de la sociedad —aquellas cuyos cambios son extremadamente lentos y a veces imperceptibles—, empieza a interesarse por aquellos grupos cuya importancia radica en algo tan esencial como la propia supervivencia y el bienestar de la sociedad. Es entonces cuando se inicia la investigación histórica de la familia, como estructura social básica de convivencia y catalizadora de todo el proceso de satisfacción de necesidades, y de la mujer como elemento básico y actora social imprescindible en la función sociosanitaria de la familia. Es a partir de ese momento cuando se puede afirmar que la enfermería entra en la historia y cuando realmente empieza el proceso de socialización socioprofesional. Por otro lado, cuando las culturas exóticas dejan de monopolizar el interés de los antropólogos y éstos se vuelcan en el estudio de sociedades modernas y "occidentalizadas" descubren que las estructuras sociales —por profundas que sean— están sujetas al paso del tiempo y, conjuntamente con los historiadores, realizan trabajos que contribuyen a clarificar la evolución de lo que denominamos "colectivos esenciales", aquellos profundamente vinculados a estructuras básicas de la sociedad. Son grupos que han formado parte de lo cotidiano, lo doméstico y cuyo proceso de profesionalización resulta imposible de entender sin el concurso de la historia y la antropología. En definitiva, para la enhorabuena de colectivos tales

como el de enfermería, tanto la antropología como la historia han descubierto la importancia de las estructuras y se han dado cuenta de su carácter funcional, pero también de su imposible existencia al margen del tiempo. Sin duda alguna, eventos

como estas primeras jornadas de cultura de los cuidados, contribuyen con su granito de arena a paliar ese déficit histórico-antropológico que tantas repercusiones tiene para el desarrollo socioprofesional del colectivo enfermero.



Por error se omitió el nombre del autor de este artículo publicado en el número anterior:

«La utilización de métodos cualitativos en la Investigación de Enfermería»

Rick Zoucha, RN, DNSc, CS Profesor Asistente Duquesne University
Escuela de Enfermería
629 College Hall
Pittsburg, PA 15282 USA
Oficina: (412) 396-6545 - Fax (412) 396-6346

Ellen Olshansky, DNSc, RNC Profesor Asociado Duquesne University
Escuela de Enfermería
Pittsburg, PA 15282 USA